

PRIMEROS SUSCRITORES SUS MAGESTADES Y ALTEZAS.

AÑO III.

15 Julio 1866.

NÚM. 28.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.
—18 trimestre.—34 seis meses.—66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-
RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses, 28 rs.—Seis, 56.—Un año, 84.
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO,
RICO. 7 pesos.
AMÉRICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid,
Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y adminis-
tradores de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no
se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rea-
les uno.

SUMARIO.

El cura de Montellano, por D. Antonio de Trueba.—A la
música: meditacion (poesia), por D. Dimas Delgado Lopez.—

Dante. Biografía (conclusion), por D. Cayetano Vidal.—Adios!....
(poesia), por D. Constantino Gil.—Obligacion de los padres de
enseñar á sus hijos un oficio en la juventud, por D. L. Angel
Herrero.

Grabados. Madrid. Aspecto que presentaba la puerta del
Sol el 22 de Junio durante los acontecimientos.—Retratos de los
generales Lamarmora, Cuchiari, Cialdini, Della Rocca, Durando y
el almirante Persano.

Se suspende interinamente
la publicacion de nuestro se-
manario.

A nuestros suscritores los in-
demnizaremos oportunamente.

LA REDACCION.

EL CURA DE MONTELLANO.

I.

Al fin de la llanura que se extiende al Noroeste
de Bilbao, se ve una montaña cónica á la que gene-
ralmente dan los bilbainos el nombre de Sarantes
el chico, sin mas razon que la de ser mas pequeña
que otra de la misma forma que la precede y que
propiamente se llama Sarantes. El pico llamado
por los bilbainos Sarantes el chico se llama
Montaño. Entre el pico de Montaño y el de Janéo
que se alza un poco mas allá, aunque no se ve des-
de el valle del Ibaizabal, desemboca en el mar por
la playa de Poveña, lamiendo la base occidental del
primero y la oriental del segundo, el rio llamado
de Somorrostro que recoge casi todo su caudal en
los concejos de Sopuerta y Galdames, situados á
poco mas de una legua del mar en el centro de las
Encartaciones.

Subiendo, pues, por el profundo y verde y pin-

toresco valle por cuyo fondo corre el Somorro-
stro dando movimiento á ferrerías y molinos, se ve
en la falda de las montañas de la derecha, entre
bortales y castaños, una aldeita de 24 vecinos
que se llama Montellano y corresponde al conce-
jo de Galdames.

Esta aldeita carece hoy de monumentos anti-
guos, pues ya no existen los dos que conservaba
en el siglo pasado, que eran la torre de Ubari y
la denominada del Gallo; pero consta que en el
siglo XIV aquel sitio estaba ya poblado con el
nombre que hoy lleva, pues allí tenian sus casas
solariegas varios linajes, entre ellos el de Ortiz de
Montellano, del que procedía mi abuela paterna.

El nombre de Montellano es un poquito traído
por los cabellos, porque en honor de la verdad,
hay que decir que la aldea tiene que hacer hin-
capié para no bajar rodando al rio que oye mur-
murar allá abajo, allá abajo.... Pero Montellano
sabe muy bien defenderse y aun desquitarse de
las bromitas con que le mortifican los moradores
de las aldeas inmediatas á propósito de su nom-
bre y á propósito de otras cosas. Montellano ha
producido mas de una vez habilísimos cantadores,
y aquí debe advertir mi modestia que no me in-
cluyo en su número, como maliciosamente pu-
dieran sospechar los que saben que por casualidad
nací allí. El mas célebre de los cantadores monte-
llaneses fué un tío mio conocido por el apodo de
Vasco, y tan diestro en componer cantas, que se
dice pasaba las horas enteras hablando en verso.
Me parece que le estoy viendo con sus zapatos de
hevilla, sus polainas, calzon y chaqueta negros, su
chaleco de tripe azul, su ceñidor morado, su som-

brero de alas levantadas por detrás é inclinadas
por delante y su coleta gris peinada con mucho
esmero; me parece que le estoy viendo en los no-
cedales de Carral, á la vuelta de la romería de
Beci, haciendo desternillar de risa con sus cantas á
la alegre multitud que le rodeaba.

Muchísimas cantas dignas de ser aprendidas y
cantadas, y aun puestas en letra de molde se oyen
en Montellano, pero entre ellas hay algunas que
merecen especial mencion en este artículo, por-
que prueban en primer lugar que los montellane-
ses no dejan que impunemente se les «tome el pe-
lo» y en segundo que no pierden ripio para ensal-
zar la hermosura de su aldea.

Las que voy á trascribir deben ser obra de mi
tío Vasco, pero sean de quien sean, han hecho un
gran bien á Montellano, porque se cantan en to-
das las Encartaciones por la única razon de que
suenan bien, y aquí vemos la gran habilidad con-
que el cantador montellenés consiguió que se en-
salzara á su aldea hasta en las que mas se burla-
ban de ella. Esta observacion me lleva á otra muy
oportuna. Si yo tuviera la habilidad de mi tío
Vasco, compondría un millar de cantas alabando-
á Vizcaya así como quien no quiere la cosa; las
echaría á volar por toda España, se aprenderían y
se alabaría á Vizcaya como en toda España se
alaba el cielo de Navarra y la gracia de las na-
varras, porque á un navarro á quien plagian an-
daluces y gallegos, le dió la humorada de cantar:

El cielo de la Navarra
está vestido de azul;
por eso las navarritas
tienen la sal de Jesus.

Demos algunas pruebas de la habilidad del cantador montellanes. Empiezan las pullitas sobre si Montellano está en llano ó está en cuesta, y el cantador hace decir á su querida aldea:

Montellano ó Montecuesta
que el nombre es chica cuestion,
soy el lugar mas alegre
de toda la Encartacion.

Algun galdamés habla con desden de Montellano y el cantador le chafa con este ingenioso epigrama:

A Galdames le dijo
Sopuerta un dia,
si no por Montellano
¿tú qué serías?

Quiere el cantador montellanes elogiar la hermosura de su aldea, compuesta de cuatro barrios, y le entonan el cántico siguiente:

Las Casas y Seldortun,
Avellanal y Acabajo,
forman un ramo de flores
que se llama Montellano.

Cuéntase que en las laderas del Llangon, que así se llama el monte en cuya falda está la aldea, se cortó una encina para labrar de su tronco la imagen de la Virgen que se venera en la iglesia, y al echar á rodar el tronco para labrarle mas abajo, uno de los operarios gritó á uno de sus convecinos que pasaba por la hondonada.

Arrodíllate, hermano,
que baja la Virgen de Montellano.

El de la hondonada se arrodilló y el tronco le hizo pedazos. Los de las aldeas cercanas tomaron de aquí pretexto para motejar de tontos á los de Montellano, pero el cantador montellanes les metió el resuello en el cuerpo diciendo:

Nunca han nacido tontos
en Montellano.
Cada uno que aquí nace
sabe por cuatro.

Es el dia de Santa Ana, y los que vuelven de la romería de la Baluga se detienen en torno de la venta del Arenado para remojar la palabra antes de dirigirse, unos á Montellano, á Galdames otros y á Somorrostro los demás. A propósito del vino que beben, hablan de agua, y cada uno elogia la de su aldea sosteniendo que el vino del Arenado ganaria, lejos de perder, si le bautizara con ella la ventera en lugar de bautizarle con el agua de alguno de los tres rios que se juntan en uno cerca de la venta. Y entonces el cantador montellanes resuelve la cuestion cantando:

Para fuentes Montellano
Montellano, para sol,
Montellano, para todo
lo bueno que Dios crió.

Por último, alguno de los montellaneses trata de meter miedo á los somorrostranos con cuentos de aparecidos cuyo recuerdo no ha de serles muy grato al caminar de noche por las sombrías y solitarias orillas del Somorrostro, y cuenta el siguiente, que yo, como tonto de Montellano, creia á piés juntillas cuando niño: Habia en Montellano un cantero llamado Mánú y un cura que se llamaba D. Francisco Hurtado de Saracho. Muchos dias, al anochecer, cura y cantero solian reunirse en el Arenado, yendo el primero de las conferencias que tenia el cabildo en Galdames y el segundo de trabajar en Sopuerta, y juntos emprendian la subida á Montellano, el señor cura caballero en su mula y el cantero caballero en la de San Francisco. Charlaban larga y cordialmente, y con un «buenas noches, Sr. D. Francisco» y un «que descanses, Mánú» se separaban en el sombrío castañar de Traslacueva, cercano á la casa del párroco, dirigiéndose cada cual á la suya. Un dia

fue D. Francisco á conferencias, que no se habian verificado hacia muchos meses, y al volver encontró al cantero en el Arenado. Subieron juntos, segun costumbre, y se despidieron en el castañar; pero cuál no sería el terror del señor cura cuando apenas se despidió del cantero, se acordó de que el cantero habia muerto hacia quince dias! Este cuento parece inverosímil á los somorrostranos. y estos, al seguir su camino rio abajo se burlan de la credulidad de los montellaneses, quienes al seguirle monte arriba, cantan recordando que hay muchas viñas en Somorrostro y que los somorrostranos han empinado bien junto á la venta:

Somorrostrano
tripa de viento
¿cómo te gusta
lo del sarmiento!
Somorrostrano
tripa de pez,
agua del rio
bebe otra vez.

II.

Las veinticuatro casas de que consta Montellano están, como he dicho, distribuidas en cuatro grupos esparcidos en la falda oriental del Llangon y separados unos de otros de quinientos á mil pasos. Dominando á los cuatro barrios se alza en la lina de un frondoso castañar la humilde iglesia de Santa María, y paralela á la iglesia, al otro extremo del castañar y tambien dominando á la aldea, blanquea en un bosque de frutales la casa del señor cura.

Por más que al yo se le haya llamado satánico, es imposible, en cierta clase de escritos, prescindir de él. Que el periodista use el *nosotros*, es cosa muy lógica, porque rara vez deja de representar una colectividad de hombres é ideas; pero que le use el que por cuenta propia escribe un libro ó simplemente unos recuerdos personales como estos, es de las cosas mas ridículas que uno se echa á la cara. Yo he leído un artículo de costumbres que empezaba de este modo: «Acompañábamos un dia á nuestra esposa....» de suerte que el articulista por huir del yo que creia inmodesto, se daba aires de rey ó pontífice usando el *nos* y hacia á la pobre de su mujer esposa de varios maridos. Adelante, pues, con el yo, que cuando San Agustín le puso en sus *Confesiones* y la iglesia en el *Yo pecador*, no será tan satánico, usado, por supuesto, como Dios manda.

Mi madre era pintiparada á mí en su afición á la aldea donde habia nacido y se habia criado. Como habia nacido y se habia criado en Montellano, siempre estaba hablando de su aldea y deseando ir á ella, á lo cual sin duda contribuia la circunstancia de que desde aquella á donde fue á vivir apenas me echó á este mundo, la veía blanquear allá á lo lejos, en las montañas del otro extremo del valle. Algunas veces, cuando reinaba el viento del Norte, oíamos desde las heredades las campanas de Montellano, y á mi madre se le saltaban las lágrimas de alegría. Yo no tenia tanta afición como ella á ir á Montellano, porque mis recuerdos y mis amores de niño estaban naturalmente, no donde habia nacido, sino donde me habia criado; pero aun así iba muy á gusto con mi madre por dos razones: la primera, porque iba mi madre conmigo; y la segunda, porque siendo parientes nuestros la mitad de los montellaneses, llovian en mis manos los cuartos y los tortitos.

Allá por los primeros tiempos á donde alcanzan mis recuerdos, estaban desiertos los castañares que atraviesa el camino que va del barrio de las Casas á la iglesia, y en una colinita cubierta solo de árgomas y brezos que estaba pasado el

vallecito de la fuente, solia yo ponerme á contemplar el hermoso y dilatado paisaje que desde allí se descubria. A mis piés estaba la aldea cuyos cuatro barrios parecian preparados á jugar á las cuatro esquinas bajo la presidencia de la iglesia. Allá abajo en la hondonada, oía rugir el rio, y de trecho en trecho, á través del ramaje, veia brillar sus aguas azules. A mi izquierda descubria los desnudos picos de Somorrostro, que segun la tradicion, eran tres gigantes que se desnudaron para bañarse en el mar y Dios los convirtió en picos porque no se santiguaron al ir á dar el salto. A mi frente, y un poco hácia á mi derecha, se extendia el concejo y se alzaban las montañas de Galdames, donde me inspiraban terror, mirándome como dos enormes ojos negros, a cueva de Urálaga, cuya pupila es un templo y cuyas lágrimas son un rio, y la del Artecona, que anuncia la variacion del tiempo arrojando una columna de blanco vapor semejante al humo de las locomotoras. Por último, á mi derecha se dilatava la hermosa llanura de Sopuerta, dominada por las ruinas de la iglesia de San Martín que figura ya en las donaciones del siglo XII, y veia á la histórica Avellaneda que asoma su noble cabeza foral por entre dos altas montañas para contemplar á Sopuerta, y solo alcanza á ver á Montellano.

Por aquel mismo tiempo se hablaba mucho del singular método de vida que observaba el cura de Montellano, quien habia construido á espaldas de la iglesia una rústica celdilla, en la que pasaba solitario los dias y las noches, sin permitir que nadie, ni sus hermanos ni su madre, penetrasen en ella. Lo único que se sabia era que el señor cura vivia muy ocupado, pues de aquella celda salian instrumentos de labraza y hasta telas de hilo, fabricados unos y otras por el párroco, que regalaba á los pobres aquellos frutos de su laboriosidad y su ingenio.

Como el señor cura era y es celosísimo en el desempeño de su ministerio; como era caritativo y como en todos conceptos su vida era la de los Justos, los aldeanos, inclinados de suyo á pensar piadosamente, empezaron á creer y decir que el señor cura hacia vida santa, y hasta aseguraban que poseia el don de hacer milagros. El señor cura se alarmó al saber lo que se decia y creia de él, y tuvo por un deber de conciencia el abandonar un sistema de vida que daba lugar á que se le supusiesen virtudes que no poseia.

Pero ¿qué razon le habia movido á vivir de un modo tan incómodo á la sombra de su solitaria iglesia, en vez de vivir con comodidad al lado de su santa y anciana madre, á quien amaba entrañablemente? Quizá tuviese alguna mas que la que yo conozco, porque nunca le he interrogado sobre el particular, pero la que yo conozco y de público se conoce es esta: su madre, criada en un caserío del interior de Vizcaya, apenas sabia el castellano, y como para buscar un confesor que la entendiese tendria que emprender un largo viaje, que hacia imposible su delicada salud, tenia que confesarse con su hijo. Este, pues, pensando mas ó menos acertadamente, creia que viviendo separado de su madre, habria entre ambos menos familiaridad y su madre tendria menos reparo en abrirle su corazón en el tribunal de la penitencia. Por otra parte, este sacrificio debia ser para él menos penoso que para otro lo hubiera sido, porque siendo aficionadísimo á la mecánica, podia dedicarse á ella en aquella soledad sin que nadie fuese á interrumpirle.

El señor cura de Montellano dejó, pues, su solitario retiro para que no se dijera que hacia vida santa, y fue á ejercitar su actividad y su ingenio en otra parte, precisamente en aquella colinita donde

yo gustaba detenerme para contemplar el paisaje que se ofrecía á mis ojos.

La última vez que fui á Montellano á despedirme de mis parientes para ausentarme lejos de las montañas natales, pasé al vallecito de la fuente para subir á la colina, y me encontré en esta con una gran novedad: la colina estaba cercada de cárcaba y dentro del cercado acababan de plantar multitud de arbolitos, y se alzaba una casita blanca en cuyo adorno interior trabajaba por sus propias manos el señor cura.

Sobre veinticinco años despues volví á Montellano. No quiero entretenerme en contar lo que sentí al volver á pisar aquellos sitios que tantos recuerdos de la infancia y de la familia tenían para mí, que harto uso he tenido que hacer de mis recuerdos personales para llegar al señor cura, objeto principal de este capítulo. Poco despues de salir el sol, oí que tocaba á misa la campana de Santa María y me dirigí á la iglesia, no desde el barrio de las Casas y por tanto por el vallecito de la fuente, sino desde otro barrio.

Apenas llegué, el señor cura apareció en el presbiterio. Creía yo encontrarle agobiado por los años y el trabajo y le encontré lleno de vigor y salud. Su cara revelaba la paz del alma y la salud del cuerpo que pocas veces niega Dios á los que hacen buen uso de la vida. Terminada la misa, en vez de alejarme de la iglesia como los demás que habían asistido á ella, entré en la sacristía á saludar al señor cura en cuya compañía salía poco despues del templo con los ojos húmedos, porque el señor cura no había querido que pasáramos sin rezar un Padre nuestro por encima de aquellas losas que cubrían los huesos de su madre y los de mis abuelos.

II.

Entre los enormes castaños que hay delante de la iglesia de Montellano, hay uno á cuya sombra no pude menos de detenerme. Dice nuestro erudito Iturriza que el castaño crece hasta los ochenta años y á los ciento empieza á declinar; pero si la regla general es esta, debe, como todas, tener sus excepciones, porque el corpulentísimo árbol á cuyo pie nos detuvimos el señor cura y yo, conserva todo su vigor aun y hace treinta años estaba como ahora, y mi madre decía que siempre le había conocido así y así le había dicho la suya que le había conocido siempre ella.

—Por qué, Señor, no nos ha de ser dado á los hombres ver reunidas bajo este árbol todas las generaciones que han descansado á su sombra! exclamé con tristeza, y el señor cura me contestó sonriendo benévolamente:

—Ya nos lo es, amigo mío. Dios nos ha dado la facultad de verlas al darnos el pensamiento que vale mucho mas que la longevidad de estos árboles.

Y en efecto, mi pensamiento vió entonces una porcion de generaciones de aldeanos que pasaban por bajo de aquel árbol hacia la iglesia primero á purificarse con el agua del bautismo, despues á pedir á Dios consuelo y aliento para no desmayar en el trabajo, y por último á buscar el descanso eterno bajo aquellas losas en que nosotros dejábamos una oracion y una lágrima.

Caminamos por el castañar, y de repente apareció á mis ojos un bosque de lozanísimos frutales que daban sombra á una casa tan modesta como hermosa, que es como deben ser las casas y las muchachas de la aldea.

Oíase en la casa, entre la algarabía de gallinas y cerdos, la voz de una muger que reñía y amenazaba con que iba á hacer y acontecer si no la dejaban en paz.

—No se alarme V. creyendo que en mi casa va á haber alguna desgracia, me dijo el señor cura sonriendo. Mi ama de gobierno siempre está ame-

nazando de muerte á la familia que tanto la alborota pidiendo el almuerzo, y cuando hay que matar una gallina en casa, tiene que venir de fuera el verdugo.

Entramos en la casa, compuesta, como casi todas las de nuestro pais, de piso bajo, principal y payo ó sobrado, y allí comencé á admirar el ingenio del señor cura. Un hermoso reloj de campana colocado en la sala dió las ocho, y el señor cura me dijo que todo él era obra suya, añadiéndome que no estaba satisfecho de su trabajo porque aun no había podido concluir una maquinita que diese la voz de atencion antes de sonar la campana. ¿Qué maquinita era esta? Uno de mis amigos que ha tratado mucho al cura de Montellano, ha satisfecho mi curiosidad despues de la visita que voy describiendo. El señor cura quiere que cuando el reloj vaya á dar la hora, un ángel rompa un grupo de nubes, y apareciendo entre estas esclame: *Ave María llena de gracia*, y parece que valiéndose de una serie de fuellecitos, ha realizado ya una gran parte de su singular invento.

Antes de pasar mas adelante debo decir que lo que mas sorprende en los inventos del cura de Montellano es la sencillez; la naturaleza es su gran modelo, su gran maestro, su gran recurso. Cuando me enseñaba la casa, entramos en el comedor y vi al ama «pellizcando» castañas para ponerlas á asar ó á cocer. Era el mes de Agosto, y por consiguiente la estacion en que mas deben sorprender á uno las castañas frescas. Aquellas lo estaban como si acabasen de salir del erizo verde, y no pude menos de manifestar mi sorpresa al señor cura.

—Yo soy, me contestó este, aficionadísimo á las castañas y sentía mucho verme privado de ellas una gran parte del año, porque conservándolas en las ericeras, como algunos las conservan, toman un detestable gusto á humedad, se hacen leñosas y se pierden por completo así que empiezan á brotar á fin de Febrero. Una mañana de Junio, hace cosa de veinticuatro años, disparé una perdigonada á un tordo que con una audacia nunca vista, se obstinaba en comerme las guindas de un guindo que está en el seto de la huerta, y el tordo cayó á la parte de afuera del seto. Buscándole entre las hojas secas de castaño, encontré una castaña perfectamente conservada y fresca, y lo primero que hice fué preguntarme cómo se había conservado aquella castaña. Creyendo haberlo adivinado, cuando vino la próxima cosecha puse en un cajoncito una capa de hojas secas de castaño, sobre ella otra de castañas, sobre estas otra de hojas, y así, alternando las hojas con las castañas, llené el cajon, le cerré y le guardé. Por Febrero calculé que era necesario impedir la germinacion de las castañas, abrí el cajon y vi que se habían conservado perfectamente, gracias á la moderada humedad que su jugo mantenía en las hojas. Cambié las hojas con otras completamente secas, y cuando algunos meses despues volví á abrir el cajon encontré las castañas tan sabrosas y tan frescas como las que usted está viendo.

—Vea usted por dónde Dios le vino á usted á ver....

—Amigo, Dios siempre nos viene á ver cuando salimos á su encuentro.

—¿Y usted, por supuesto, no habrá revelado mas que á algun amigo de confianza su modo de conservar las castañas?

—A todos los que me lo han preguntado. Así es que por aquí está ya generalizadísimo.

—No todos hubieran hecho eso.

—¿Y por qué no? ¿Acaso sabe mejor el pan tierro cuando uno sabe que los demás lo comen duro?

—Es milagro que siendo tan sencillo no hubiese sido ya conocido antes el método ideado por usted.

—No sé si lo era ya en alguna parte, pero sí que yo no le conocía hasta que la casualidad me le dió á conocer (1).

Volvimos á la sala, y el señor cura, sacando una llavecita, al parecer de las comunes, abrió la puerta de un gabinete donde tenía su dormitorio. En aquel gabinete vi una porcion de máquinas tan sencillas como ingeniosas, y entre ellas llamó mi atencion una que empezó á andar apenas el señor cura la tocó con el dedo índice. Aunque yo supiera describir aquel mecanismo, no lo haría por razones de delicadeza que son fáciles de comprender, pero sí diré que determinaban y sostenían el movimiento unos muelles hechos de sierrecitas viejas y unos péndulos que consistían en listones de madera con una piedra en el extremo inferior.

—¿Qué máquina es esta? pregunté al cura.

—Esta tiene hoy movimiento limitado, pero aunque usted se ria de mí, le diré que pretendo dársele continuo.

(1) Publicóse este capítulo en los periódicos, por Octubre de 1863, y desde luego fueron muchas las personas que adoptaron el método del cura de Montellano para conservar las castañas, con tan feliz resultado para mí, que durante la primavera y el verano siguientes, en mi casa han abundado las castañas frescas que de muchos puntos de las provincias vascongadas me enviaban aquellas personas. Temeroso el señor cura de que la concision con que espliqué su método fuese causa de que no todos preparasen bien el fruto, me envié y publiqué las siguientes aclaraciones.

«En primer lugar se hace acopio de hoja seca y limpia de castaño á fines de Octubre. Es bueno, aunque no indispensable, que la castaña sea de buena calidad y se quite del árbol bien sazónada. Conviene que se cure bien en su ericera, conservándola en ella algunos dias mas de lo acostumbrado. Los que la compren en la plaza deben hacer el acopio á primeros de Diciembre, y cuidar de que no se hayan golpeado mucho al sacarlas del erizo. Así que se sacan, á mano y no á golpe, se estienden por espacio de dos dias, hasta que se enjугue el sudor visible que sacan del erizo. En seguida se procede á su colocacion en el depósito donde se han de conservar, que debe ser una arca vieja ó cajon bien cerrado para que no entren ratones ni viento. Es absolutamente necesario que las castañas solo se toquen una á otra por los costados, ó lo que es lo mismo, que no quede una castaña encima de otra. Puesta la primera camada de hojas, se echa un plato de castañas sujetando las hojas con la mano izquierda para que no quede ninguna levantada, y con la palma de la mano se estiende el fruto á fin de que la capa de castañas no tenga mas espesor que el de una de estas. Así que se halle cubierta de castañas la primera camada de hojas, se irá procediendo á la colocacion de las sucesivas, teniendo mucho cuidado para que no se trastornen las ya colocadas. La última camada de castañas se cubre con otra mayor de hojas, y esta con tablas, ladrillos, etc. Basta la interpolacion de dos hojas entre cada dos camadas de castañas, pero es mejor que sean cuatro ó cinco, porque así resisten mas la humedad. Llegado el último de Febrero, se levanta toda la provision, se separa á un rincon del sobrado la hoja húmeda, se tiran las castañas que se hallen podridas, y acto continuo se vuelve á hacer la colocacion con nuevas hojas, por el método indicado, cuidando que sea en dia húmedo para que no se ventile el fruto. Para ir gastando las castañas se van sacando por camadas y con cuidado y curiosidad, retirando las hojas. Estas pueden servir para dos años con tal que al aplicarlas estén bien secas. Si por la escasez de hojas las camadas son delgadas, la remuda será mas frecuente, y aun deberá hacerse la segunda á principio de Agosto. En Montellano hemos visto las castañas estallar en el tamboril el dia de los santos Reyes, despues de existir tres años, á saber: el de la cosecha, el siguiente entero y seis dias del tercero. Consiste en la calidad del fruto y buen gobierno para conservarle.—José Maria de Sagaminaga.

—Dicen las personas mas entendidas en dinámica que el movimiento continuo es una quimera.

—La opinion negativa de las personas que saben mas que yo es lo único que me desanima á seguir trabajando en esta maquina.

—¿Pero seguirá usted?

—Seguiré para ver hasta dónde llegan mis débiles fuerzas.

Debajo de un crucifijo que estaba á la cabecera de la cama, vi una anillita y pregunté al señor cura cuál era su objeto.

—Cuando despierto, me contestó, y quiero saber qué hora es, se lo pregunto al reloj de la sala, tirando de esta anillita, y al instante me contesta, como va usted á ver ahora.

En efecto, el señor cura tocó la anilla y el reloj nos dijo inmediatamente, con su sonora y robusta voz, la hora justa que era en aquel momento.

Salimos del gabinete y el cura cerró la puerta con llave. Dióme la llave y me pidió que abriese con ella como él habia abierto; pero todos mis esfuerzos para abrir fueron inútiles.

Bajamos á la portalada y el señor cura me instó á que abriese la puertecilla de la huerta que no tenia mas que una taravilla. En vano procuré levantar la taravilla, que se abrió apenas el señor cura la tocó con el dedo.

—¿Estamos seguros? dije sonriendo al entrar en la huerta.

—¿Por qué?

—Porque he oido cantar en las Encartaciones:

En la huerta del cura
de Montellano,
hay miel, y fruta, y flores
y escopetazos.

Explíqueme usted el último verso de esta copla.

—En efecto, el que asalte mi huerta, por cualquiera parte que sea, puede estar seguro de que apenas ponga el pié dentro, recibe un escopetazo.

—¿Y quién se le dispara?

—Un guarda que siempre está despierto. Ahora le verá usted.

Siguiendo al señor cura, que me recomendó no me apartase del sendero que él seguía, llegamos al centro de la huerta. Allí vi una escopeta colocada horizontalmente sobre una estaca. De un aparato sencillísimo, adherido á la estaca, partían á toda la circunferencia de la huerta unos alambres que caminaban ocultos entre la yerba y la tierra. Apenas el que asalta la huerta pisa uno de estos alambres, la escopeta gira rápidamente, y apuntando en direccion del alambre pisado, dispara sin error nunca el tiro.

Me estremecí al pensar el terrible castigo que aquel aparato podría dar al que incurriese en la leve falta, en que yo he incurrido mas de una vez, de saltar un seto para coger un melocoton ó una flor, pero pronto me tranquilicé considerando que el cura de Montellano, tan desinteresado, tan bueno, tan religioso, no ha nacido para imponer sangrientos castigos, sino para dar egemplos de laboriosidad y desinterés.

Dícese que el miedo guarda la viña. También guarda la huerta del cura de Montellano, cuyo seto de seguro no salta ninguno de los que saben la canta que he citado, por mas que les dé dentera la rica fruta que dentro de aquel seto se ostenta.

Sin embargo, no todos han oido aquella canta. Cuéntase que un tejero asturiano que trabajaba hácia el ilso de Otañez, vino un día á Portugalete á hacer ciertas compras, y como á la vuelta le anocheciese en Somorrostro, quiso atajar por las laderas de Montellano en vez de seguir la carretera. Al pasar junto á la huerta del cura con su saco al hombro, vió á la luz de la luna los árboles cargados de fruta y quiso hacer hinchada,

como dicen los muchachos del valle del Ibaizabal; saltó el seto, recibió un tiro y cayó al suelo gritando «¡muerto soy!» Al oír el cura el tiro y el grito, se sonrió, salió á la huerta, hizo ver al tejero que le habia derribado el miedo y no la rociada de sal molida con que estaba cargada la escopeta y le habia dado en las pantorrillas, le echó un sermoncito sobre la conveniencia de observar el séptimo mandamiento, le llenó el saco de fruta y le enseñó un sendero por donde debia proseguir su camino.

No suele ser tan benéfico el señor cura con las alimañas que rondan su gallinero y su colmenar. En un ángulo de la huerta que dá á un espeso bosquecillo, tiene el vallado un agujero que está brindando á entrar á los gatos monteses y los raposos. La escopeta que gira hácia aquel agujero, está cargada con perdigon lobero, y no hay alimaña que al asomar por allí no pague con la vida su golosina.

Repito que todas las invenciones del señor cura son tan sencillas, que al verlas no puede uno menos de decir: «¡Pero señor, cómo no se me habrá ocurrido á mí esto!» Esta exclamacion se escapa también involuntariamente al ver una máquina para matar topos que el señor cura me enseñó.

El ama, escelente mujer á quien la difunta madre del señor cura al irse al cielo dejó encomendado que cuidara la casa y los modestos intereses de su hijo, como ella los habia cuidado y la habia enseñado á cuidar, alborotó una mañana con sus gritos de indignacion aquel pacífico paraíso. Era el caso que un topo aficionado á la minería como tantos y tantos topos á quienes tal afición ha costado los intereses y la vida, se habia empeñado en buscar no sé qué filon en la huerta del señor cura, y habia llenado de agujeros y montoncitos de tierra aquellas senditas y aquellos cuarteles en que la buena del ama parecia mirarse como en un espejo.

El señor cura, por aquietarla, le prometió que el topo las pagaría todas juntas, y pocas horas despues se habia cumplido su promesa. ¿Cómo? Veámoslo. El cura habia observado ú observó entonces, que el topo, buscando alimento ó simplemente por tener el gusto de hacer paseos cubiertos, en lo cual aventaja á las municipalidades de Madrid y otras capitales, va perforando una mina en sentido horizontal, á algunas pulgadas de la superficie de la tierra, y naturalmente de trecho en trecho va arrojando fuera la tierra que le incomoda. Hecha esta observacion, cogió una tabla; hácia la parte media de la misma puso dos hileras trasversales de clavos agudos y largos á distancia de seis pulgadas una de otra, retiró con cuidado la tierra de la topera que le pareció mas fresca, hasta dejar descubierta la mina, observó la direccion que esta tenia en uno y otro sentido, plantó en medio de ella una tablilla y apoyó en esta la tabla de los clavos en la direccion de la mina y con las hileras de clavos hácia abajo, colocó sobre la tabla una gran piedra; cubrió con la tierra que habia retirado de la topera la tablilla en que se apoyaba la tabla y se retiró muy seguro de que el topo no tardaria en convencerse de que para dedicarse á la minería hay que tener los ojos muy abiertos.

El topo volvia poco despues por su paseo cubierto recreándose en su obra, como se recrean los ayuntamientos de Motrico, Deva y otras poblaciones de nuestro litoral que los han construido muy lindos y muy útiles, cuando topó con un obstáculo que no le dejaba pasar adelante.

—¿Qué demonio será esto! exclamó. Algun hundimiento sin duda. Hé aquí por qué hace muy

mal el gobierno en consentir los túneles sin revestir.

Y holicada por aquí, holicada por allá, sudaba el quilo para desembarazar el paso, cuando así que movió la tablilla, cayó la tabla á que servia de tente mozo, y una de las hileras de clavos dejó muerto al topo sin decir Jesus.

Desde entonces en la huerta del señor cura ofrece la minería casi tantos peligros como en los montes de Triano.

IV.

Si fuese yo á referir los rasgos de ingénio que en las Encartaciones he oido atribuir al cura de Montellano, ocuparia todas las páginas que restan á este libro. Es muy posible que haya alguna exageracion en estas relaciones de los encartados, porque el pueblo es generalmente dado á la exageracion, y el encartado no deja también de serlo, como lo prueban los increíbles alardes de fuerza que atribuye al Fuerte de Ocháran.

Parece que el señor cura tenia hace algunos años junto á su casa una porcion de losas que habia hecho traer de una cantera y destinaba á asiento de las colmenas, y casi todas las mañanas se encontraba con una losa de menos, que se llevaba uno de sus vecinos á hora avanzada de la noche.

El señor cura determinó dar un buen susto al ladrón y escarmentarle de modo que no quedase regostado para volver por mas losas.

No sé qué aparato puso en el sitio donde estas estaban, pero es el caso que apenas el ladrón movió la losa, se alzó del suelo una estaca y el ladrón recibió un estacazo que le hizo huir medio deslomado.

Años atrás, los periódicos daban cuenta todos los días de numerosos robos sacrilegos perpetrados en la mayor parte de las provincias de España. Aunque felizmente á las iglesias de Vizcaya no habia llegado tan inicua profanacion, el anciano y celosísimo párroco de Nuestra Señora de Mercadillo, D. Francisco de las Herrerías, trató por todos los medios de asegurar las puertas de aquel templo, y encargó á un cerrajero de la aldea que hiciese á toda costa nuevas llaves y cerraduras para la puerta principal de la iglesia.

Propúsose el cerrajero hacer una obra maestra, y tal la hizo, que de las aldeas inmediatas iba la gente á Sopuerta á admirar las llaves de la iglesia de Mercadillo.

Pasados algunos meses, los curas de Sopuerta y Galdames acordaron tener conferencias en la sacristía de la iglesia de Mercadillo. El presidente de estas conferencias era el cura de Montellano.

Llegaron una tarde al campo de la iglesia. La sacristana, que tenia las llaves del templo, se hallaba en una heredad lejana; llamáronla y tuvo que dejar su trabajo para ir á abrir la iglesia.

—¡Pobre Manuela, cuánto sentimos haberte incomodado! le dijo el cura de Montellano. Cuando vengamos otro día ya te evitaré yo esta molestia.

Otro día, cuando llegó á Mercadillo el cura de Montellano, ya estaban allí sus compañeros y le manifestaron que habian avisado á la sacristana.

—Lo siento, porque no habia necesidad de incomodarla, dijo el cura de Montellano, y acercándose á la puerta de la iglesia, la abrió con la mayor facilidad en medio del asombro de cuantos estaban presentes.

Calcúlese cuál no seria el de la sacristana, cuando al llegar pocos momentos despues con las famosas llaves en la mano, se encontró con que los señores curas estaban ya en la iglesia.

Cuando por la noche contó á su marido lo que habia pasado, este apenas lo quiso creer.

El mismo sacristan, persona veracísima, me ha contado esto, añadiéndome que pocos días



MADRID.- Aspecto que presentaba la puerta del Sol el 22 de Junio durante los acontecimientos.



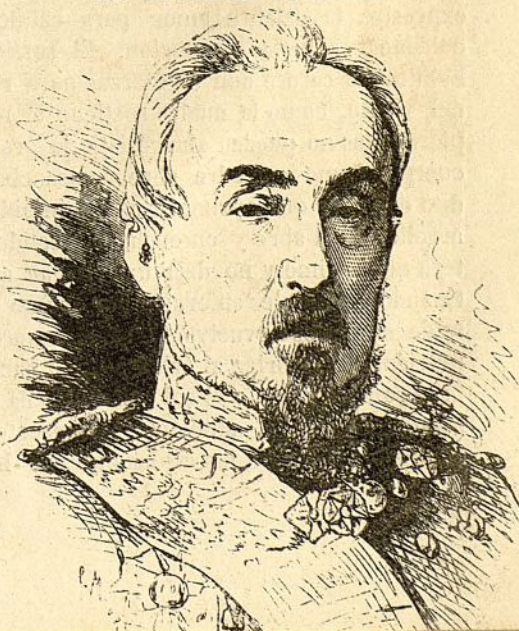
El General LA MARMORA.



El General CUCCHIARI.



El General CIALDINI.



después encontró al cura de Montellano y le preguntó:

—¿Es verdad, Sr. D. José, que la otra tarde abrió V. las puertas de la iglesia de Mercadillo sin las llaves?

—Sí.

—¿Y con qué las abrió V.?

—Con esto, contestó el cura, sacando del bolsillo y enseñándole un pedacito de hierro al que unió otro pedacito de madera.

El cura y el sacristán se despidieron, el primero admirado de la admiración del segundo, y el segundo admirado de la habilidad del primero.

V.

El cura de Montellano todo lo utiliza. Si brota una zarza en las cercanías del seto de la huerta, en lugar de cortarla como hacen otros, la encamina por encima ó por debajo de tierra al seto, donde es tan útil como perjudicial sería en otra parte. Para ahuyentar las aves que vienen á comer las cerezas y otras frutas, generalmente se ponen en los árboles unos harapos oscuros que atemorizan el primer día á las aves, pero de los que estas se rien al día siguiente. El cura de Montellano tiene á las aves en continuo susto y alejamiento, poniendo en los árboles monigotes que imitan perfectamente al hombre, hasta en tener algunos de ellos dos caras. Más aun hace el señor cura: por medio de un mecanismo sencillo é ingenioso, como todos los suyos, hace que aquellos monigotes se muevan y oseen á las aves.

Admira la variedad de frutas que hay en aquella huertecita, admiran su hermosura y esquisito gusto, admiran las combinaciones de ingertos que el señor cura ha hecho, y sobre todo admiran la frondosidad y el desarrollo que allí tienen los árboles, gracias al esmero, ó mejor dicho, al amor con que su dueño los cuida y los protege.

No hay árbol que no esté embellecido por los recuerdos para el señor cura, y en ello muestra también este su elevación de sentimientos, porque los recuerdos son una especie de religión que solo tiene culto en los corazones levantados. No olvidará él, no, el árbol á cuya sombra gustaba sentarse su madre, ni aquel cuya fruta prefería aquella santa mujer. «Este melocotonero, dice, procede de un hermoso melocoton que cogió por su propia mano y me regaló Fulano un día que visité su huerta. Este guindo, le descubrió mi madre entre las zarzas del seto y por sus propias manos le trasplantó aquí. Un pájaro venía volando, sabe Dios de donde, y al pasar por junto á la iglesia dejó caer una cereza que tenía en el pico, y de aquella cereza que yo recogí y enterré aquí procede este cerezo.» Y si el origen de cada árbol encierra para el señor cura un recuerdo, la vida de los mismos es una serie de recuerdos que embellecen la suya.

He hablado del amor con que cuida y protege los árboles de la huerta y aun me parece poco expresiva la palabra amor para calificar aquel cuidado y aquella protección. El sostiene al arbolillo que carece aun de fuerzas para resistir las del viento, como la madre sostiene al niño cuyas piernecitas no pueden aun resistir la gravedad del cuerpo. Como la madre abre y ensancha el vestido del niño que oprime á este é impide su desarrollo, así él abre y ensancha el vestido de corteza que oprime y no deja desarrollar al guindo. Cuando los árboles enferman por exceso ó por falta de savia, les devuelve la salud *sangrándolos* ó nutriendolos. Abriga al árbol cuando hace frío, le hace sombra cuando el sol quema, le da de beber cuando tiene sed, ahuyenta los insectos que le asedian, y destruye las espinas que le hieren, ni

mas ni menos que hace la tierna madre con el débil niño que crece bajo su amparo.

—Casi nó me puedo convencer, dice el señor cura, de que estos árboles son seres insensibles é irracionales. Como los he visto nacer y crecer día por día y año por año, alegrándome con su prosperidad, entristeciéndome con su desdicha, y participando de sus dones como ellos han participado de los míos, me parece que sienten hacia mí el agradecimiento y el cariño que yo siento hacia todo aquello á cuyo lado paso la vida y cuyos beneficios recibo. Y doy gracias á Dios porque me ha dado esta facultad de poblar el mundo de hermosos fantasmas y de dar vida y sentimiento á lo que no lo tiene, porque la vida debe ser muy triste y desconsolada para los que solo ven en ella la seca é infecunda realidad.

Asombrábame ver convertidos en árboles colosales aquellos arbolitos que hacia venticinco años habia yo visto mas débiles que la caña que se cimbreaba á orillas del Ibaizabal, y pensé en mí al pensar en ellos. No es egoísmo, no es amor propio, nó, esta propensión del hombre á tener siempre el yo en la mente y en los labios. ¿Qué nos importan á nosotros tus tristezas ni tus alegrías para que nos las vengas cantando? dice el vulgo al poeta. «Calla, egoísta, ó canta para tí solo!» Y sin embargo el poeta puede contestar al vulgo: Mis alegrías y mis tristezas no son las mías, que son las del hombre.—¡Egoísta, añade el vulgo encarándose luego con el filósofo. ¿Qué nos importa á nosotros tu individualidad para que la hagas danzar en todas tus especulaciones?—y el filósofo puede replicarle: —Yo no soy yo, que soy la humanidad. Cuando quiero estudiar un sentimiento, necesito un individuo en quien observarle y exijo mi individualidad porque es lo que tengo mas á mano.

Mi individualidad era la que tenia yo mas á mano en aquel instante, y por eso pensé y dije al señor cura:

—Me ocurre una idea muy triste. ¡Cuánto han subido estos árboles que son plantas que no sienten ni razonan! y ¡qué bajo he quedado yo que soy hombre y tengo raciocinio y sentimiento!

El señor cura me preguntó sonriendo:

—¿Cuánta extensión tendrá el horizonte que descubren estos árboles?

—Dos leguas lo más, le contesté.

—¿Y cuánta el que descubre usted con el pensamiento?

—¡Es infinita!

—Pues entonces, amigo mío, alabe usted al que le crió á su imagen y semejanza. Sea usted digno de subir y verá cómo sube hasta el cielo.

Algunas abejas que venían susurrando á posarse en las flores, pues es de saber que allí hay flores en todas las estaciones, me hicieron suponer que el señor cura tenia colmenar. ¡Y cómo habia de negar un rincón en su huerta á las industriosas abejas aquel hombre tan industrioso y tan amante de lo noble y lo bello!

En efecto, pocos instantes después, en el sitio mas bello por su frondosa vegetación, y mas apacible por lo resguardado de los vientos, encontré el colmenar mas hermoso que he visto en mi vida, no por el número de las colmenas, que no pasará de cincuenta, sino por el ingenio y el gusto con que están construidas y el esmero con que están cuidadas.

Ocupan una galería cubierta, abierta por un costado y cerrada por el otro, y unas están colocadas en sentido horizontal, y otras en sentido vertical. Entre las hileras de colmenas y el muro que á su espalda cierra la galería, hay un tránsito con asientos donde el señor cura goza sus mayo-

res delicias sintiendo, si es que no viendo, trabajar á aquella industriosa tribu.

Cada colmena tiene su número y su nombre escritos á su espalda, y su historia y sus recuerdos escritos en aquel nombre y en la memoria del señor cura.

Trueno se llamaba la primera en que fijé la atención, y me dijo el señor cura que se llamaba así porque el enjambre que encerraba empezó á abandonar la celda materna en el momento de estallar un espantoso trueno durante una tempestad. *Flor de la maravilla* era el nombre de otra, porque durante mucho tiempo habia vacilado entre la vida y la muerte, hasta que los cuidados de su dueño y protector aseguraron su vida.

La que gozaban entonces todos los enjambres era robustísima, pues no habia colmena de la que las abejas y la miel no rebosasen.

Delante de las colmenas vi una porción de tubitos de caña cerrados con dos tapones y pregunté al señor cura para qué eran.

—Son, me dijo, los hospitales de las abejas.

—¿Cómo los hospitales?

—Sí, señor. Cuando hace mucho frío, las pobres abejitas que se alejan de las colmenas se sienten medio ateridas y vuelven en busca del calor de su hogar, pero al llegar á la colmena, como vienen desatentadas de frío, no aciertan con la entrada y caen delante de la colmena medio muertas. Entonces las voy cogiendo y metiendo en estos tubos en cuyo depósito inferior hay un poco de miel que rezuma al superior por medio de un agujerito abierto en el nudo de la caña, por si quieren confortarse con ella. Cierro el tubo con el taponcito, le meto en el pecho ó le acerco á la lumbre, y con el calorillo se recuperan las abejas á los pocos instantes, de modo que en cuanto se les abre el hospital, vuelan tan listas y tan valientes á su casa.

—Muchas morirán de hambre en el invierno.

—En mi colmenar mueren muy pocas, porque cuando el tiempo es muy crudo y carecen de miel con que alimentarse, no necesitan alejarse de las colmenas para encontrar alimento.

—Pues, ¿dónde le encuentran?

—En un plato que colocoy al pié de cada colmena con un manjar compuesto de sustancias aromáticas y azucaradas, que he averiguado les gusta y aprovecha mucho.

—Si las abejas tuvieran conciencia de su deber, le tendrían á V. cariño.

—Me le tienen como verá V. ahora, porque si no tienen conciencia, tienen instinto.

Y el señor cura exclamó cariñosamente acercándose á una colmena de la que rebosaban millares de abejas:

—¡Chiquitas, chiquitas!

Las abejas empezaron á agitarse aleteando y susurrando cariñosamente al oír la voz del cura.

Hablábame este, poco después, de lo mucho que le ayudaba el producto de la cera del colmenar á nivelar en su modesto presupuesto los gastos con los ingresos, y sus palabras llevaron mi pensamiento á la región de la economía.

—¿Sabe V., dije, que esta casa y lo que la rodea representa un capital que parece imposible haya logrado V. poseer sin mas recursos que los de su pobre curato?

—Considere V., sin embargo, que esta casa, esta huerta, este colmenar, todo lo que ve V. aquí es obra exclusivamente de mis manos.

—Pero aun así me parece una maravilla lo que V. ha hecho.

—Emplee V. por espacio de treinta años dos horas diarias en lo que yo las he empleado, en lugar de irme de caza ó á conversar con algun ami-

go, y verá V. cómo se encuentra con maravillas como esta.

Convine en que el señor cura tenía razón; pero hay que convenir también en que era hombre de mucho mérito aquel genovés que encontró el medio de hacer que los huevos se tengan de punta.

No era mala la leccioncita de virtud y laboriosidad que, por supuesto sin intención de dármele, acababa de darme el señor cura. En la hermosa comedia de Eguilaz titulada *la cruz del matrimonio* hay una mujer cuya santa conducta de esposa y madre es la antítesis de la de su marido. Al volver este á casa a las mil y quinientas de la noche, después de disipar en el juego y otros desórdenes los ahorros de su familia, encuentra á su mujer trabajando y velando al lado de la cuna de su hijo enfermo, y se queja de que siempre le está echando en cara su disipación. — «Pero si mis labios no te dicen palabra, le replica con dulzura la prudente y honrosa esposa. ¡Ya! esclama él, no me lo dicen tus labios, pero me lo dicen tus actos!» Cuánto y cuánto nos dicen los actos del cura de Montellano á mí y á mas de cuatro que yo conozco!

Llegaba el sol al zénit, ó hablando con la claridad que á mí me gusta, era ya la hora de comer, y aunque el señor cura tuvo gran empeño en que me sentara á su mesa, no pude complacerle, porque en torno de la de uno de mis parientes me esperaban una silla de junco y unos corazones de oro.

Cuando pasé junto al castaño secular de la iglesia, me pareció ver una sombra que me sonreía. Tal vez sería la de mi madre que sonreía de gozo al ver que aun amo y visito á su querida aldea!

ANTONIO DE TRUEBA.

A LA MUSICA.

MEDITACION.

A mi queridísimo amigo el Sr. D. Gaetano Victor Piscicelli de la Cruz Ahedo, Conde de Collesano.

¿Cuál es ese rumor que indefinible

Con plácida y suavísima armonía

Viene á alhagar mi oído,

Y adormece en mi alma

El inmenso dolor que la oprimía?

¿Cuál es ese sublime y dulce encanto

Que ahora embriagado siento,

Y hace brotar el llanto

De mis nublados ojos,

Ahuyenta mis enojos

Y me embarga en divino arrobamiento?....

¿Cuál es, cuál es? ¿Decidme? de do emana

Ese vago sonido,

Que conmueve y agita

El alma blandamente,

Como al mirar el sol en la mañana

Blanca niña inocente

Con placer sin igual tierna palpita?....

Bella es la luz, la púrpura del día,

Bellos los resplandores

Del rojo sol que desde su alto asiento

A torrentes derrama sus fulgores.

Bella es la noche con su blanca luna;

Puro el ambiente suave

Que riza la laguna:

Bellos los pececillos de colores

Que en sus aguas respiran,

Y bullentes nadan o

Al asomar sus lomos y sus colas

Cuando fáciles giran,

Y bello es contemplar su sesgo blando

Producir en el haz brillantes olas.

Dulces del libre viento

Son los suaves plácidos rumores

Las hojas al besar, y su conceto,

De tal manera el corazón inspira

Que recuerda los ecos de una lira

Pulsada por el génio de las flores

Al descender del claro firmamento.

Purísimas aromas

Entonce á los sentidos

Adormecen: de espléndidas palomas

El arrullar sonoro, tierno encanto

Producen, y la mente

Con rica inspiración lanza su canto

Hacia la azul altura refulgente,

Y á Dios admira con respeto santo.

¿Mas cuál es esa mágica armonía

Que sublima en la mente

Los goces todos de la humana vida?

¿Cuál es esa creación que eternamente

Dirige nuestras almas hacia el cielo

A admirar su fulgente

Vivido resplandor, y la mirada

Por el azul espacio derramando,

Y el corazón del lodo desprendiendo,

Y la gloria de Dios siempre anhelando,

En Dios pensamos en su amor ardiendo.

¿Cuál es, cuál es? la música; esa diosa

Hija del paraíso y luz del cielo,

Virgen feliz y hermosa,

Hermana de los ángeles, que en coro

Al cantar el hosanna en las alturas

Producen con sus arpas y sus liras

De timbre celestial y cuerdas de oro.

No es igual su conceto

A ninguno mortal, mas sus sonidos

A todos los imita,

Pero mas dulces, de pasión henchidos.

Todos los atesora; los murmullos

De brisas y aguas al rodar sonoro

Por la arboleda umbría;

Los cantos y tiernísimos arrullos

De inocentes palomas,

Al prodigarse besos y caricias,

Allá en las ramas de las verdes lomas.

El plácido crugido

De enamorado y ardoroso beso

Que dulce afecto inspira;

Del ruiseñor el canto,

Que allá en la noche de rumores llena

Entre las ramas inconstante gira.

Imita de la trompa el prolongado

Acento resonante

Al asomar la luz de la mañana,

Y el eco plañidero

De fúnebre campana;

La voz de la tormenta

Al rugir pavorosa;

El ronco son del trueno

En la noche callada y silenciosa,

Y el horrible sonido,

Al rodar por las breñas

Del áspero torrente,

Que arrastra tras de sí troncos y peñas

Con rumor espantoso y estridente.

Es la música, sí, su grato acento

Es la voz de los ángeles del cielo,

Y el eco de las célicas alturas,

Dulce sonido que en el vago viento

Derrama en el mortal paz y venturas

Y en su pecho benéfico consuelo.

Eso fue lo que Dios puso en la mente

Del inmortal Rossini,

Y la Italia asombrada

Al oír sus sublimes armonías,

Divino le llamó, y embelesado

Ante el dormido mundo,

Su nombre derramó y sus melodías

Que con respeto le escuchó profundo,

Allí fue donde Dios, en aquel suelo,

Al notar su belleza, de improviso

Descendiendo del cielo,

La nombró de su mundo el paraíso

Allí en medio sus aguas y jardines

Debajo de su claro firmamento

Y entre sus puras flores,

A su acento brotaron

Los divinos cantores,

Y estremecidos de placer soñaron

Dulcísimos y mágicos amores;

Y sus ecos sonoros

Por el orbe entusiastas derramaron.

Allí fue donde Dios puso su planta,

Por eso allí nacieron

Las flores de mas plácidos aromas;

Allí lanzó su divinal aliento;

Por eso son sus céfiros suaves,

Y por eso mil aves

Cruzan amontonadas por el viento,

Por eso allí se alhagan

Con todos los placeres los sentidos,

Por eso con tan mágicos ruidos,

Bellos insectos de esmeraldas y oro

Entre las ramas inconstantes vagan

Al grato susurrar adormecidos.

En esa, en esa tierra,

Tierra de bendición, en cuyo seno

Se columpió tu cuna;

En esa cuyo cielo tan sereno

Alumbra melancólica la luna,

En medio de las vagas melodías

De sus tiernos cantores.

Viste la luz de sus brillantes días.

Y aspiraste el aroma de sus flores.

En aqueste terrestre paraíso

La música brotó pura y hermosa

Viniendo á consolar nuestros dolores,

Y á sembrar en al alma,

Divina inspiración, tiernos amores.

Así al recuerdo del brillante oriente,

Que halló en Italia, le pedí un sonido

Para espresarte mi amistad ferviente.

Mi sincera amistad, que hasta tu oído

Llevará mis cantares

En alas de las brisas y del viento.

Y al recorrer los huertos de azahares,

Donde disfrutas venturosa calma,

Temblaré de placer, y en tal instante,

A mi recuerdo sonreirá tu alma.

DAMASO DELGADO LOPEZ.

DANTE.

BIOGRAFÍA.

(Conclusion.)

Ya en Rávena, y pisando el suelo italiano, el que durante tantos años suspirara por volver á él, ocupábase Dante en la corrección de los tres «cánticos de la Divina Comedia;» pero ni el cuidado que ponía en semejante trabajo, ni las caricias de sus hijos Pedro y Jacobo, bastaban para extinguir la melancolía que tanto tiempo hacia se apoderara de su corazón. Diríase que al encontrarse con los acontecimientos de su vida, débilmente indicados en las páginas de su obra, encontrábase las heridas que su época y los hombres abrieron en su alma.

En tal situación, Guido Novello le confió una embajada, que debía desempeñar ante el Consejo de Venecia; y á pesar de la práctica que tenía en semejante clase de negociaciones, pues durante su carrera diplomática había desempeñado en diferentes cortes once veces el cargo de embajador; y á pesar de ser sumamente sencilla la misión que se le confiara, salió mal de su cometido, mas que por falta de experiencia, por las infundadas negativas de los senadores venecianos.

La medida se hallaba colmada, y una sola gota mas era suficiente para hacerla desbordar; así es que bastó la amargura, de este nuevo contraste para acabar con la vida de Dante. El mal resultado de su misión produjo en su alma tan hondo pesar, que ni las nuevas muestras de aprecio y simpatía que le diera su amigo Novello; ni la amistad con que le honraban hasta algunos de los que en otro tiempo fueron sus detractores, ni el rumor de su futura gloria, que ya cual suave susurro de aura armoniosa por todas partes le seguía, fueron suficientes á estirpar su dolor, ni bastantes para reanimar su abatido espíritu.

Postrado en el lecho del dolor; sonriendo tristemente al despedirse de sus hijos; vislumbrando la imperecedera felicidad de aquel Empíreo que «solo débilmente pudo bosquejar,» vistiendo el hábito de Franciscano, cual lo hiciera durante su peregrinación por la mansión de las sombras; y alargando la descarnada mano á aquella Beatriz que le sirviera de guía, cuando Virgilio le dejó en los límites del Paraíso, entregó su alma al Criador el 27 de Junio de 1321, á la edad de cincuenta y seis años.

Pero Dante despertó génio sobrenatural en el lecho donde se había dormido hombre. Escuchemos la leyenda.

Seguida la muerte de *Allighieri* faltaban los últimos cantos del poema, en cuya composición tantos años había invertido: todas las diligencias eran vanas, y sus amigos y admiradores desconfiaban de ver otra vez aquellos cantos que tan bellas y atrevidas imágenes contienen como son sublimes y grandiosas sus descripciones y pensamientos. Perdían ya hasta la última esperanza de hallarlos entre sus manuscritos, cuando su hijo

Jacobo soñó que se le aparecía el poeta vestido de blanco, orladas sus sienes de inmarcesible laurel.

—¿Vives? le dijo gozoso el amante hijo.

—Sí; mas la verdadera vida, no la vuestra.

—Y terminasteis vuestro poema antes de alcanzar la celeste gloria?

—Sí.

—Entonces dó se hallan los últimos cantos del Paraíso?

—Sígueme.

Tomándole entonces de la mano condujole á su antiguo dormitorio, y levantando un tapiz que ocultaba un hueco abierto en el muro le dijo:—Aquí está lo que buscáis.

Cesó en este momento el sueño; pero queriendo convencerse de que era realidad lo que solo podía ser ilusión, pasó Jacobo á la cámara que en vida ocupara su padre; levantó la antigua tapicería; apretó el resorte que disimulaba la ignorada abertura, y revueltos con otros manuscritos encontró el piadoso hijo los últimos cantos de la obra que debía hacer á su padre inmortal.

CAYETANO VIDAL.

Villafranca del Panadés 1860.

ADIOS!!!!

En la ventana estabas; yo partía,
El aura entre las flores se mecía,
Y el pardo ruisenior,
Con dulce arrullo salubaba al día
Cuando te dije, ¡adios!

A mi patria volví; ya la mañana
Entre cendales de flotante grana
Lucia su arrebol:
¡Ay! pero no saliste á la ventana,
No me dijiste, ¡adios!

CONSTANTINO GIL.

OBLIGACION

DE LOS PADRES DE ENSEÑAR Á SUS HIJOS

UN OFICIO EN LA JUVENTUD.

Uno de los periódicos políticos mas antiguos de la prensa española, refirió años pasados, garantizando su veracidad, la siguiente anécdota. Decía así:

«El banquero N. es uno de los hombres mas honrados y mas felices de la tierra. Su historia es muy conocida en Madrid. Empezando su carrera en clase de dependiente de una modesta casa de comercio, ha conseguido á fuerza de laboriosidad, de constancia y de honradez levantar una fortuna de cinco á seis millones de reales perfectamente desempeñados. Su afable trato y sus excelentes prendas personales hacen las delicias de cuantos le conocen. Adornado de una instruccion nada comun, y dotado á la vez de los mas nobles y generosos sentimientos, jamás ha depositado la Providencia cuantiosas riquezas en manos que sepan distribuir las mejor entre los necesitados. Lejos de disminuirse su fortuna, á medida que la siembra en el campo de la caridad se multiplica prodigiosamente. El secreto de este milagro solo le sabe Dios, que aumenta los bienes del justo en una proporción asombrosa. El banquero N. tiene una hija adorada en quien se mira como en el espejo de sus glorias. Ella es el compendio y resumen de su dicha. El mismo la ha educado y sostenido en el recogimiento y la virtud los años que las jóvenes consagran á la modestia y á la castidad. La amable hermosura de este ángel, su bondad, su inocencia y su pingüe patrimonio, la habian rodeado de las simpatías y de las atenciones de numerosos adoradores que aspiraban á su mano. El padre, seguro de su buena educacion, la dejó en plena libertad para elegir al hombre que fuera mas agradable á su corazón. La eleccion de la hija recayó al fin en un militar de alta graduacion, el cual se presentó á

su padre y se la pidió en debida forma. El banquero N. le recibió con su benevolencia característica, y despues de enterarse de su pretension le dijo:—«Sin duda alguna, caballero, que su aspiracion de V. me honra sobremanera; pero ¿qué oficio tiene V?—«Señor,—replicó el militar:—soy coronel del ejército Español.—«No pregunto eso,—añadió el banquero:—pregunto si sabe V. algun oficio mecánico.»—Sorprenido el oficial por aquella salida, manifestó al banquero su estrañeza haciéndole ver cuanto le ofendia que no juzgara de mejor indole su gerarquía que la de un menestral cualquiera.—«Ay amigo mio,—replicó el banquero:—tengo en efecto esa debilidad. Yo no concederé la mano de mi hija sino á un hombre que sepa un oficio. V. tiene una graduacion superior, es verdad, y mi hija tiene millones; pero ¿no será posible que V., por cualquiera eventualidad pierda su grado y mi hija sus millones? Entonces, caballero, si VV. se amasen como Dios manda serian menos desgraciados. Un oficio se ejerce en todas partes, en la proscripción, donde quiera que nos lleve nuestra mala suerte. Los grados militares, los títulos de nobleza, los millones se pierden, mientras que un oficio es un buen compañero de los hombres honrados que no los abandona nunca. Así, el día en que V. se me presente con un oficio aprendido, cuente V. con la mano de mi hija y con toda mi fortuna.»—El bizarro coronel que amaba con todo su corazón á la hija del banquero, y que al mismo tiempo era bastante racional para apreciar en su debido valor aquel sublime rasgo de prevision paternal se sometió á la prueba, y aprendió muy brevemente el oficio de ebanista. Un año despues envió al banquero una preciosa cuna de palo de rosa y una carta que decia así: «La he labrado con mis propias manos, y si á V. le parece bien la destinaremos al primer hijo que Dios nos envíe para coronar una union suspirada y merecida con arreglo á sus laudables inspiraciones.»—Inútil es decir que el banquero ha cumplido su palabra. Su hija es hoy esposa del bizarro militar y no hay en el mundo familia mas venturosa. Hé aquí un ejemplo que ofrece una admirable enseñanza.»

Así se espresaba el ilustrado diario de quien hemos tomado las líneas precedentes, y con gran placer las hemos colocado á la cabeza de este artículo para ilustrarlas con algunas reflexiones.

La enseñanza de un oficio mecánico, de un arte, de una profesion vulgar, debía ciertamente formar parte de la educacion de la juventud. Este es un precepto bondadoso bajo todos los puntos de vista que se le considere. Por desahogada que sea la posición de las familias, por crecida que sea su fortuna, por elevado que sea su rango, no deben los padres evitar el cumplimiento de esta sencilla y facilísima obligacion.

Innumerables son las ventajas que reporta á todas las personas el aprendizaje de un oficio mecánico. Nosotros creemos que debiera ocupar el lugar de la gimnasia en el programa de la educacion física de las escuelas. Considerados ciertos oficios como medios para facilitar el desarrollo y la robustez de los músculos, son excelentes los ejercicios gimnásticos que prestan vigor á las complexiones mas delicadas. Estos ejercicios pueden constituir un recreo agradable para la infancia, cuando hay una inteligencia que sabe prestarlos amenidad. A la vez son de una influencia moral en extremo recomendable.

El aprendizaje de un oficio, aunque no reporte á ciertas personas utilidades positivas, y aunque no puedan servirles de específico ó preservativo contra las desgracias del porvenir, despierta y fomenta en su corazón virtudes sublímimas, entre otras el amor al trabajo, los hábitos de laboriosidad, buena costumbre de no permanecer ociosos, que es un manantial de bienes inapreciables.

No tiene el hombre seguramente mayor enemigo que el ocio, y bien sabido es como florecen á su sombra los vicios y las pasiones. No hay artículo mas caro para los pobres mortales, y así como por el ministerio del trabajo se ve con frecuencia al mas infeliz convertido en opulento capitalista, por el ministerio del ocio se ve con mas frecuencia descender al rico hacendado hasta la estremidad mas rigorosa de la indigencia.

Gran negocio es el obrar bien y gran capital es el amor al trabajo. La ociosidad, la pereza, la vagancia, por muy espléndido y magnífico que sea su ropage, no dejan de ser maestras de todas las infamias y picardías. Los hábitos de trabajo y la-

boriosidad sanean las almas, las purifican, las fortalecen en la práctica del bien, y las dotan de gran nobleza y generosidad. Se adquieren por el ministerio del trabajo preciosas virtudes de un orden muy superior que bastan para preservar á los seres de las miserias del envilecimiento. Es el trabajo por sí mismo una gran virtud que puede figurar en las mejores ejecutorias humanas. Además se hallan en él placeres tan puros y tan inocentes que no pueden menos de cautivar y seducir á los corazones bien nacidos.

No hay méritos, no hay blasones, no hay títulos mas gloriosos que aquellos que se alcanzan por el ministerio del trabajo. Quiso Dios que fuera ruda pension de la pobre humanidad; pero á la vez quiso tambien que sirviera de medio para su engrandecimiento y su honra, para su perfeccion moral é intelectual y para hacerse digno de su destino que es la inmortalidad. Con sudor de su frente riegan la generalidad de los hombres el pan que les sirve de alimento; pero si se mira bien es muy posible que para todos los que hacen esto sea mas sabroso su pan que para el magnate los manjares delicados de sus opíparos festines. Y es que al trabajo se asocian siempre las virtudes de la conformidad y de la resignacion, madres fecundas de la dicha y la alegría.

Grandes serán los placeres de la mesa del opulento, y mucho podrá gozar saboreando sus manjares, ébrio de licores y coronado de rosas; pero mas goza todavía el hombre laborioso que distribuye á su familia el blanco pan de los canastillos regado con su sudor y santificado por sus bendiciones. El placer del primero no pasa de la materia: el del segundo llega hasta el alma y la inunda de un júbilo inefable.

Ha querido tambien Dios que los placeres del rico ocioso sean muy inferiores á los del pobre honrado y trabajador. La diferencia consiste en que los del primero suelen ser puramente carnales, mientras los del segundo se enseñorean del espíritu, que es la parte mas noble de la naturaleza humana. Esta compensacion es admirable y á ella se debe la felicidad de cien familias que no teniendo mas que el pan cotidiano, se juzgan mas dichosas que los reyes de la tierra con sus coronas.

Preocupaciones ridículas, supersticiones groseras, vanidades soberbias, hacen que muchas familias bien acomodadas desdeñen el precepto de educacion que hemos señalado, oponiéndose á que sus hijos aprendan un oficio en su juventud. Es esta una de las muchas miserias de las riquezas. Porque en la opulencia suprema hay tambien miserias supremas. Obran mal. Los honores se pierden, se pierden los títulos, se pierden los millones, se pierden las posiciones mas brillantes; pero un oficio no se pierde nunca y en todas partes se ejerce. Monarcas poderosos han perdido sus coronas, y ganado el pan de su sustento en la proscripción practicando un arte. El ejemplo de Luis Felipe no está tan remoto que se haya borrado de la memoria de los que conocen la historia contemporánea. Ese mismo rey aplicó á todos sus hijos á una profesion. Y es que los honores, los títulos, los millones y todo lo que constituye ciertas grandezas humanas, estriban sobre inconstante y movetiza arena, y el soplo destructor de la mala fortuna puede derribarlas en una hora, como derriba el huracan las montañas mas elevadas.

Lo espuesto basta para que los padres de familia comprendan la bondad del precepto que les recomendamos, y para que venciendo preocupaciones absurdas y aberraciones lamentables, enseñen á sus hijos en la juventud un oficio, que pueda servirles en el presente ó en lo porvenir de específico contra la desgracia, y á la vez que despierte en su corazón el amor al trabajo para que los sirva como de preservativo contra el vicio, como generadora de la corrupcion, del envilecimiento y de la desgracia de la mayor parte de las criaturas.

L. ANGEL HERRERO.

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: *Pedro Mesonero.*

Imprenta de *El Avisador*, á cargo de J. Peidró.